

vir á sus anchuras. ¿Pues qué se hace para evitar los remordimientos importunos, y para acallar una conciencia que asusta y desasosiega? Pátese la diferencia: al amor propio, al corazón y á las pasiones se las confirma en todos sus derechos, y al entendimiento se le deja todo lo que oprime, todo lo que espanta, y aun todo lo que desespera. De aquí proviene que personas por otra parte de unas costumbres estragadísimas, de una conducta, ó de una vida que es una disolución, tienen unos principios de moral sumamente estrechos, unos dogmas escesivamente severos. No hay hereje, y por lo comun hay pocos libertinos que no hagan estas partijas. Cuando la verdad turba nuestra delicadeza, cuando asusta á la conciencia, cuando declara la guerra á la pasión, *à veritate auditum avertent*, vuélvese la cabeza á otro lado, ó se tapan los oídos por no escuchar lo que dice. ¿Pero qué se adelanta con este grosero artificio? descaminarse sin remordimiento, y perderse con seguridad.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á vuestro Padre que está en los cielos. Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á

vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De la conversion verdadera.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas ordinaria

que conversiones aparentes, y acaso tampoco la hay mas rara que una conversion verdadera. Gran prueba son de esta verdad las frecuentes recaídas. Conoce uno que es pecador, confiesa su iniquidad, acúsase de sus culpas; ¿pero detesta intimamente sus pecados? El espíritu está humillado; ¿pero está igualmente contrito el corazón?

Si consistiera la verdadera conversion en declarar sus maldades, en reconocer sus desaciertos y en sentir alguna displicencia, algun dolor de sus faltas, muchos estarian convertidos; pero en medio de todo esto mueren impenitentes. Judas reconoció y confesó su pecado; Antíoco lloró los suyos, y ni uno ni otro se convirtieron. Los mas se confiesan en las principales fiestas; ¿pero cuántos se convierten en ellas?

Es necesaria la conversion del espíritu, es indispensable la conversion del corazón; sin esto no hay conversion verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para estos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frívolas dispensaciones; ¿te has convertido de veras? pues ya es preciso pensar todo lo contrario. Parecían difíciles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas mas que á tu pasión, á tu inclinación, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente convertido? pues deshicieron esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no solo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinación, y el Evangelio es la única regla de tu vida; ya te parecen falsas y aparentes las brillantes del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insípidos. Ya apenas aciertas á concebir como un hombre de razon puede ser libertino, como un corazón criado para el verdadero bien puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña. Siéntese una especie de indignacion contra su propia brutalidad. ¿Es posible que siendo yo cristiano pude ser vicioso! ¿es posible que creyendo unas verdades tan terribles como las que creo pude vivir tan descaminado! ¿es posible que esperimentando en mí mismo la vanidad, la nada y aun la amargura de estos falsos deleites, hice de ellos mi ídolo! Estos son los ordinarios efectos de una verdadera conversion; ¿tiene la mia estas señales?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que aunque la verdadera conversion consiste principalmente en el corazón y en el espíritu, no por eso deja de ser muy visible. El aire, los modales, la con-

ducta, el traje, las conversaciones, todo grita que el corazón está verdaderamente convertido. Los objetos son los mismos; pero no hacen la misma impresión: puede ser que se encuentren los mismos estorbos, las mismas dificultades; pero se siente nuevo vigor, nuevo aliento. El mundo presenta sus rosas; pero se las trata como si fueran espinas. Y como ya no se discurre sino por los principios del cristianismo, tampoco se habla sino según las máximas y las verdades de la religión.

Es de admirar que se padezcan tantas equivocaciones en materia de conversión, siendo así que no hay cosa más visible que las señales que la caracterizan. No solo se tiene horror al pecado; se tiene por lo menos otro tanto á las ocasiones de pecar. No solo se huye de la culpa, sino del lugar y de la persona que sirvió de tentación. No solo se destierra el jugador del juego, pero aun de la casa donde se juega; porque, desengañémonos, el que solo se convierte á medias, no está verdaderamente convertido.

¿Quieres ver un perfecto retrato de una verdadera conversión? Pues pon los ojos en la Magdalena: detesta sus culpas, y como el motivo de su dolor es el amor de su Dios, no guarda medidas; y así se le perdonan todos sus pecados, porque amó mucho. No se avergonzó de ser pecadora; pero se avergüenza mucho menos de parecer arrepentida. Arrójase á los pies del Salvador en la misma sala del convite; no busca ocasión de que no la vean, antes quiere entienda todo el mundo que está ya convertida. Es grande su confusión, pero es mucho mayor su resolución y su aliento. Y después de este paso, ¡qué vida fué la suya! ¡qué perseverancia en ella!

Ya no se aparta más del lado de Jesucristo, mira con horror al mundo, y desea que el mundo la mire con horror á ella. Su devoción no está pendiente de la prosperidad; en todos tiempos es su fervor inalterable. Sigue al Salvador no solo hasta el Calvario, sino hasta el sepulcro. Tanto escitan su amor las ignominias que Cristo padece, como los milagros que hace. ¡Qué deseo! ¡qué ardor! ¡qué ansia por hurtar, si pudiera, el cuerpo de su divino Maestro después de sepultado! Ni la enorme y pesada piedra del sepulcro, ni el sello del príncipe, ni la compañía de soldados que le guardaban son capaces de templar su fervor, de desalentar su animosidad. Así piensa, así obra, así se muestra siempre una alma verdaderamente convertida. Concluyamos de aquí, que hay pocas conversiones verdaderas, y juzguemos también esto mismo por la poca perseverancia.

Relájase S. Anselmo; resbala en el desorden; no son extraor-

dinarias sus caídas, pero conoce su perdición con el auxilio de la divina gracia. ¡Qué arrepentimiento! ¡qué mudanza! ¡qué firmeza! Convirtióse una vez de veras, y jamás se desmintió. ¡Mi Dios, qué debo pensar yo de mis frívolos arrepentimientos, de mis inconstantes propósitos, de mis ineficaces deseos!

No permitais, Señor, que suceda lo mismo con esta mi presente conversión; detesto mis pecados, siento un verdadero deseo de convertirme y de mudar de vida. ¿Pero de qué me servirán estos propósitos si no son eficaces? Haced que lo sean con vuestra gracia, y que sea este el primer día de mi perfecta conversión.

JACULATORIAS. — Confirma, Señor, y haz eficaces los deseos que tú mismo me has inspirado. (*Psalm. 67.*)

Restitúyeme, Señor, aquel espíritu de alegría que debe ser la prenda de mis paces con vos; pero dame al mismo tiempo el espíritu principal de la firmeza y de la perseverancia. (*Psalm. 50.*)

PROPOSITOS.

1 Puesto que la conversión no es otra cosa que un volverse el alma á Dios, es de extrañar que haya tan pocas conversiones sinceras. ¿A quién se pretenderá engañar con esas resurrecciones aparentes? ¿qué fruto se sacará de esas hazañerías? Si la conversión es verdadera, ¿cómo no es constante? Y si el propósito es falso, ¿qué será la penitencia? Tantas confesiones sin enmienda no pueden tranquilizar nuestra conciencia; ¿pero estará más tranquila cuando se prosigue pecando sin confesarse? No dilates un punto el poner remedio á este inagotable manantial de amargos remordimientos. Sea tu confesión en estas Pascuas efecto de una conversión verdadera, y que vaya acompañada de todas las señales que la caracterizan. Detesta tus pecados, y mira con horror todas las ocasiones de pecar. Es ilusión imaginar posible una voluntad sería de no pecar, sin una resuelta determinación de romper toda comunicación con el cómplice. ¿Estás resuelto á entablar una vida cristiana? pues comienza desde hoy á moderar esos excesos en las galas, esa refinada delicadeza, esos aparatos de profanidad; comienza prohibiéndote esa frecuente concurrencia al juego, esos cortejos en que se gasta el tiempo en algo más que en cosas inútiles, esa vida regalona, esos días ociosos y vacíos. Sin reforma no hay conversión; por aquélla se conoce ésta. Ese aire, esos modales, esa fantasía, toda esa con-

ducta no corresponde á la santidad de tu estado. No se pase el dia de hoy sin que des señales visibles de tu conversion verdadera. Comienza por la observancia de esas reglas que quebrantas sin remordimiento; deshaciéndote de este espíritu propietario, de ese fondo de propia voluntad que algun dia te harán gemir si no los reformas desde luego. No cuentes mucho sobre esas licencias vagas y generales; sobre esas dispensaciones abusivas; sobre esos estilos poco religiosos que en la hora de la muerte sobresaltan justamente á la conciencia. Comienza hoy á vivir como quisieras morir; esta es la resolucion mas importante.

2 La contricion es interior; pero la conversion debe ser visible. Jesucristo resucitó, decia el ángel á las mujeres que le iban á buscar al sepulcro; ya no está aquí: *Surrexit, non est hic*. Este es el verdadero modelo de una alma verdaderamente convertida. Detesta ya los desórdenes de tu vida pasada, tu conducta poco regular, tus frecuentes recaídas, tu vida regalona, inútil y entretenida. Pues haz que despues de esta Pascua se pueda decir con verdad: Fulano resucitó: *Surrexit*; y así no hay ya que buscarle en esas concurrencias del mundo, en esas ocasiones próximas, en esas costumbres de pecar, porque *non est hic*: ya no está aquí: en nada de esto se encuentra, ni se halla en esas diversiones peligrosas, ni asiste á esas tertulias ocasionadas; su frecuente asistencia á la iglesia, su respeto y su devocion en el templo, aquella moderacion, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspeccion, son visibles pruebas de su perfecta resurreccion. ¿Y por qué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en tí mismo estas bellas pruebas? Acaso será esta la postrera Pascua para tí. ¿Qué locura es dilatar para el año que viene, cuando ciertamente para muchos no habrá tal año, una conversion, que aun suponiéndola en este año, quizá habrá ya tardado demasiado? Postrado, pues, delante de un crucifijo, dile á Dios resueltamente, ó que no te quieres convertir jamás, ó que con el socorro de su gracia quieres hacerlo desde este mismo momento.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

SAN SOTER, papa y mártir, en Roma en la via Apia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN CAYO, papa, en Roma tambien, el cual fué martirizado en la persecucion del emperador Diocleciano. (*La noticia de este santo va unida con la anterior.*)